

El enanismo como espectáculo

Saulo Fernández Arregui
Dpto. de Psicología Social y de las Organizaciones
Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)

La decisión de algunos Ayuntamientos de no contratar más espectáculos del “bombero torero” está motivando un debate interesante sobre si estas ferias denigran al colectivo de personas con enanismo o, como se defiende en algunos foros, son inofensivas. Aquellos que piensan que el bombero torero es un entretenimiento inocente e incluso entrañable no se explican que haya personas a las que les pueda molestar, máxime si se tiene en cuenta que hay quien se gana la vida libremente con ello. En opinión de muchos, las voces que critican la existencia del bombero torero son manifestaciones, en el fondo, del complejo de los que siendo diferentes no saben sobrellevar con naturalidad una condición física poco común. O quizá esta oposición se atribuya a una moda de corrección política cursi y desmedida. En opinión de otros, en cambio, este tipo de espectáculos degrada a todo un grupo social. Por ello, de la misma manera que no sería admisible que un Ayuntamiento contratase espectáculos sexistas o racistas, no lo es que se pague con dinero público espectáculos como el del bombero torero y otros similares.

Desde hace cuatro años, un equipo de psicólogos sociales de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) estamos llevando a cabo un proyecto de investigación en colaboración con la Fundación ALPE-Acondroplasia dirigido a estudiar el estigma social del enanismo y sus consecuencias para la persona que lo sufre. Un estigma se define en psicología social como una cualidad que caracteriza a una persona o a un grupo y que, en determinados contextos sociales, está devaluada. En el marco de este proyecto hemos realizado varios trabajos, cuyas conclusiones son útiles para contextualizar el debate sobre si estos espectáculos son dañinos o no.

Las consecuencias del estigma

La conclusión fundamental de los estudios realizados es que el estigma del enanismo es muy potente y sus consecuencias para el bienestar psicológico de la persona que lo sufre son muy graves. La estigmatización que padecen las personas con enanismo puede mermar, entre otras cuestiones, la motivación para el estudio, la capacidad de concentración o el deseo de enfrentarse a nuevos contextos de socialización, como, por ejemplo, cuando se ha de dar el salto del instituto a la universidad. Las personas con enanismo se enfrentan prácticamente todos los días de su vida a las miradas indiscretas de los otros en la calle, muchas veces acompañadas de risas, burlas y menosprecios. En la escuela, a menudo tienen dificultades para ser aceptadas por sus compañeros en igualdad de condiciones, lo que provoca dudas sobre su capacidad de pertenecer y de establecer lazos sociales sinceros, profundos y duraderos. No se pretende argumentar aquí que las personas con enanismo no consiguen establecer dichos lazos, pero sí que suelen tener razones importantes para pensar que su capacidad de integración está amenazada. El simple hecho de ver amenazada nuestra capacidad de establecer los vínculos de pertenencia con los otros puede tener consecuencias psicológicas muy graves. Especialmente durante la pubertad son frecuentes los episodios de ostracismo en los que los adolescentes con acondroplasia se

sienten abandonados por los amigos que tenían hasta entonces. En la mayoría de las ocasiones esta última circunstancia se explica por el fenómeno del estigma por asociación, es decir, sentir en las propias carnes la estigmatización social de la persona junto a la que nos dejamos ver en público.

Lejos de intentar suscitar en el lector un sentimiento de lástima hacia las personas afectadas (pocas cosas hay más perjudiciales para un colectivo social que provocar la pena de los otros), la razón por la que se resumen aquí los resultados de nuestra investigación es la de contextualizar la polémica del bombero torero presentando unos hechos objetivos que conforman la realidad social de muchas personas con enanismo. Es un hecho que el enanismo en nuestra sociedad es una característica devaluada en muchos contextos. Es un hecho que las personas con enanismo tienen con frecuencia que enfrentarse a una falta de aceptación plena y en igualdad de condiciones por parte de los otros debido a dicha devaluación. Es un hecho que las personas con enanismo se enfrentan en su día a día a risitas, burlas y miradas indiscretas muy incómodas. Es un hecho que la estigmatización social puede hacer mella psicológicamente en las personas afectadas. Dicho esto, se debe subrayar que es admirable la forma en que muchas personas con enanismo han podido hacer frente a la estigmatización y llevan una vida plenamente normalizada. Pero, no nos engañemos, conseguirlo no es nada fácil.

Vivir del estigma

¿Qué tiene que ver el estigma y sus consecuencias con el asunto del bombero torero? Esta pregunta, cuya respuesta no siempre resulta sencilla de explicar, es sin embargo clave si se quiere analizar con rigor el debate acerca de si este tipo de espectáculos son tan inocentes y entrañables como a algunos les pueda parecer.

Antes de argumentar por qué en mi opinión sí existe relación entre espectáculos de este tipo y el estigma del enanismo óseo y sus consecuencias negativas, querría insistir en una cuestión fundamental: por desgracia, muchos adultos con enanismo han encontrado una de las pocas vías laborales que la sociedad les ha facilitado en los espectáculos cómico-burlescos. Si ahora pierden de repente su fuente principal de ingresos, se convierten en doblemente víctimas. Por un lado, lo son de la estigmatización de la condición que les cerró en su día muchas puertas laborales aparte del *show* cómico; por otro, lo serían ahora al encontrarse con que se les van cerrando las puertas del espectáculo del cual viven con una edad en la que no es fácil reorientarse laboralmente. Por ello, cualquier medida dirigida a corregir la larga tradición de espectáculos burlescos o morbosos que tienen como base la condición del enanismo, debería ir acompañada de esfuerzos encaminados a que las personas que viven de ellos puedan redirigir su actividad laboral.

Habiendo contextualizado el problema, podemos adentrarnos en el fondo de la cuestión. Existen espectáculos del bombero torero muy diferentes, pero la mayoría explotan una misma vena comercial: el contraste que mucha gente percibe con divertimento al ver a un adulto con las extremidades muy cortas y que apenas supera el 1.35 m. haciendo frente a una vaquilla en un ruedo. Si la cuestión se quedara en eso, no sería quizá un problema tan grave desde el punto de vista de la estigmatización (aún así no hay que olvidar que la acondroplasia es una condición que crea numerosas complicaciones médicas debido a la afectación de prácticamente todo el esqueleto, razón por la cual las embestidas de una vaquilla tienen más riesgos para la salud de lo normal, pero ése sería otro debate que no me corresponde). Desde el punto de vista de la estigmatización social, el problema que plantean este tipo de espectáculos parten de otro

hecho difícil de negar: lo que la mayoría de estos entretenimientos ofrecen al público no es tanto la habilidad de la persona con enanismo para torear al animal (que en cierta medida también), sino la falta de dicha habilidad. Es decir, lo que a mucha gente le resulta gracioso, chocante y divertido de este *show* es que el mal llamado “enanito”, con sus cortas extremidades, no siempre se zafa de la vaquilla y por eso a menudo se echa al suelo y el animal le pasa por encima: ¡qué divertido! Y si a esto se le añade que el supuesto torero se disfraza de payaso o de bombero, pues todavía más divertido. Dicho de otra forma: lo que vende del bombero torero es el esperpento basado en el contraste entre una persona con enanismo y una vaquilla desbocada, contraste que se ridiculiza además por los propios actores al aparecer disfrazados en el ruedo.

Establecida esta premisa, la pregunta fundamental es la siguiente: ¿qué legitimidad tienen las personas con enanismo que no trabajan en estos *shows* para quejarse? Incluso si aceptamos que la base del espectáculo es sacar provecho de un contraste esperpéntico, ¿no serán los propios actores que se dedican a ello los únicos afectados? Y si los que se dedican a ello lo hacen libremente, ¿qué problema hay?

Solidaridad con el propio grupo vs. el “sálvese quien pueda”

El epicentro de toda la cuestión reside en el hecho de que, a diferencia del color de los ojos, tener enanismo constituye un atributo compartido que conforma un grupo social distintivo. Hay muchas evidencias de que esto es así, pero pongamos un ejemplo sencillo: las personas que interactúan a menudo con alguien con enanismo acaban por olvidar la condición física en su relación cotidiana con fulano o mengano, afectado de acondroplasia. Sin embargo, los que han tenido poco contacto con personas con enanismo e interactúan con alguien que tiene dicha condición suelen decir que han estado o han visto a “un enano”. A partir de esta categorización grupal comienzan a funcionar los estereotipos y se aplica la devaluación colectiva que pueda estar asociada a la condición. Por esta razón, podemos afirmar que los afectados por la existencia de espectáculos que sacan rédito económico de ridiculizar cómicamente en público la falta de habilidad de las personas con enanismo para torear una vaquilla, no son únicamente las personas que trabajan en ello. De hecho, estas personas son probablemente las menos afectadas, ya que han llegado a un punto en la vida en el que se ganan el sustento trivializando un gran problema que seguramente también les ha afectado en su momento. Ese gran problema no es otro que el hecho de que en muchos contextos sociales a la persona con enanismo no se la toma con la suficiente seriedad; no se la respeta ni se la tiene en cuenta como a un igual en la relación con los otros.

La condición física que comparten las personas que se dedican al bombero torero con el resto de personas afectadas por enanismo es, se quiera o no, una marca importantísima que contribuye de forma crucial a la identidad social de las personas con enanismo en su conjunto. Llegados a este punto de la argumentación estamos entrando en una de las materias más complejas y que con más profundidad ha estudiado la psicología social: la identidad. La identidad se puede definir como una interpretación de nosotros mismos y de los demás. La identidad es, en este sentido, la respuesta a la pregunta de quiénes somos y quiénes son los otros. Si bien existe un nivel individual de la identidad en función de lo que uno y sólo uno es, también hay un nivel colectivo o social de identidad. Es decir, uno es y es visto por los otros en parte en función de los grupos sociales a los que pertenece. Por eso la identidad de las personas con enanismo viene determinada, además de por otras muchas características, también por el hecho particular de tener una condición física muy distintiva. Nada de malo en ello, a no ser, claro, que dicha cualidad esté socialmente devaluada, sea motivo de burla y no sea

tratada con el debido respeto. Y aquí precisamente está el conflicto: el espectáculo del bombero torero juega con la identidad del enanismo como grupo y saca partido (quizá de forma inteligente desde un punto de vista puramente monetario e individualista) a la devaluación social de la condición. Al sacarle partido de esa forma contribuye también a que el estigma se perpetúe.

Muchas personas con enanismo óseo, en cambio, se resisten a aceptar como inamovible la devaluación social de la condición y están dispuestas a luchar colectivamente contra ella. Estas personas creen que a través de la sensibilización, la educación y la reivindicación, la estigmatización social del enanismo puede retroceder, igual que poco a poco van retrocediendo otros estigmas, como el que devalúa a la mujer frente al hombre, a los homosexuales frente a los heterosexuales o a los negros frente a los blancos, por mencionar sólo algunos de los ejemplos más claros.

La lucha por la eliminación de cualquier estigma debería ser una lucha que nos concerniera a todos. Como sociedad desarrollada debemos ponernos del lado del que combate contra el estigma, porque lo contrario sería perpetuar una injusticia. Contratar espectáculos como el del bombero torero con fondos públicos, lejos de ayudar a esta noble lucha, la obstaculiza, contribuyendo a que el estigma perdure.

Saulo Fernández Arregui

Psicólogo, investigador del Dpto. de Psicología Social y de las Organizaciones de la UNED.

e.mail: saulo.fernandez@gmail.com